

¿Pudo en tu pecho tanto
 La pérdida cruel, que á la preciosa
 Víctima por la muerte arrebatada,
 Otra añadir intentes?
 ¿Y no será que de tu ruego instada,
 La prenda que llevó te restituya?
 No, que la esconde en el sepulcro frio.

 Esa vida fugaz no toda es tuya:
 Es de un esposo, que el afán que sientes
 Sufre, y el caso impío
 Que de su bien le priva y su esperanza:
 Es de tu prole hermosa,
 Que mitigar intenta
 Con oficioso amor tu amargo lloro,
 Si tanto premio su fatiga alcanza.

 Sube doliente á las techumbres de oro
 El gemido materno,
 Y en la callada noche se acrecienta.
 La indocil fantasía
 Te muestra al hijo tierno,
 Como á tu lado le admiraste un día,
 Sensible á la amistad y al heredado
 Honor; modesto en su moral austera;
 Al ruego de los míseros piadoso;

De obediencia filial, de amor fraterno,
 De virtud verdadera
 Ejemplo no comun. Negó al reposo
 Las fugitivas horas,
 Y al estudio las dió: sufrió constante
 Las iras de la suerte,
 Cuando no usada á tolerar cadena,
 La patria alzó sus cruces vencedoras.
 ¡Oh! si en edad mas fuerte
 Se hubiese visto, y del arnés armado
 En la sangrienta arena;
 ¡Oh! cómo hubiera dado
 Castigo á la soberbia confianza
 Del invasor injusto,
 Á su nacion laureles,
 Gloria á su estirpe y á su Rey venganza.

 Tanto anunciaba el ánimo robusto,
 Con que en el lecho de dolor postrado
 Le viste padecer ansias crueles;
 Cuando inutil el arte
 Cedió y confuso, y le cubrió funesta
 Sombra de muerte en torno. El arco duro
 Armó la inexorable, al tiro presta,
 Y por el viento resonando parte
 La nunca incierta vira.

Él, de valor, de alta esperanza lleno,
 Preciando en nada el mundo que abandona,
 Reclinado en el seno
 De la inefable religion, espira.

Ya no es mortal: entre los suyos vive:

Espléndida corona
 Le circunda la frente.

El premio de sus méritos recibe
 Ante el solio del Padre omnipotente,
 De espíritus angélicos cercado,
 Que difunden fragancias y armonía
 Por el inmenso Olimpo, luminoso.
 Debajo de sus pies parece obscuro
 El gran planeta que preside al día.

Ve el giro dilatado

Que dan los orbes por el ether puro,
 En rápidos ó tardos movimientos;
 Verá los siglos sucederse lentos;

Y él, en quietud segura,
 Gozará venturoso

Del sumo bien que para siempre dura.

EN NOMBRE DE UNAS NIÑAS.

Á los dias de la Duquesa de Wervick y Alba.

ADMITE benigna,
 Duquesa excelente,
 Ofrenda que ausente
 Tus siervas te dan.
 Hoy alzan humildes
 Sus ojos al cielo:
 Su amor y su zelo
 No vanos serán.

La voz inocente
 Al numen agrada,
 Que vuela inspirada
 De puro candor.
 ¡Oh! llegue á su oido
 La súplica nuestra:
 Prodigue su diestra
 En ti su favor.

Dilate tu vida
 En prósperos años;
 Ni sienta los daños
 Del tiempo cruel.

Cual arbol robusto
Que durá creciendo,
El aura moviendo
Las flores en él,

Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria:
Fatigue á la historia
Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda:
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los cielos
Honor inmortal.

Conceden, que al mundo
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un dia
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

Á LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE.

Docto anticuario, historiador y humanista.

¡TE vas, mi dulce amigo ⁽¹⁰⁾,
La luz huyendo al día!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fría
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!

Y á mí, que debil siento
 El peso de los años,
 Y al cielo me lamento
 De ingratitude y engaños,
 Para llorarte ¡mísero!
 Largo vivir me da.

Ó fuéramos unidos
 Al seno delicioso,
 Que en sus bosques floridos
 Guarda eterno reposo
 Á aquellas almas ínclitas,
 Del mundo admiracion:

Ó á mí solo levára
 La muerte presurosa,
 Y tu virtud gozára
 Modesta, ruborosa,
 Y tan ilustres méritos
 Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste
 Los años fugitivos,
 Y joven conociste
 Cuánto le son nocivos
 Al generoso espíritu
 El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
 Al templo te adelantas
 Donde Temis severa
 Dicta sus leyes santas,
 Y en ellas digno intérprete
 Llegaste á florecer.

Ciñéronte corona
 De lauros inmortales
 Las nueve de Helicon;
 Sus diáfanos cristales
 Te dieron, y benévolas
 Su lira de marfil.

Con ella, renovando
 La voz de Anacreonte,
 Eco amoroso y blando
 Sonó de Pindo el monte,
 Y te cedió Teócrito
 La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
 De idiomas diferentes.
 El ritmo y asluencia
 Que usaron elocuentes
 Arabia, Roma y Ática,
 Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
 Que en bélica armonía
 El pueblo fugitivo
 Al numen dirigía,
 Cuando al feroz egército
 Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
 Qué lo pasado oculta,
 Entregó á tu desvelo
 Bronces que el arte abulta,
 Y códices y mármoles
 Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
 Ciudades poderosas,
 De cuantas dió al olvido
 Acciones generosas
 La edad que vuela rápida,
 Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
 Llevó á Jerez su saña,
 Y al suelo derribado
 Cayó el poder de España,
 Subiendo al trono gótico
 La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron
 Las últimas cadenas,
 Y tremoladas vieron
 De Alhambra en las almenas
 Los ya vencidos árabes
 Las cruces de Isabel:

Á ti fue concedido
 Eternizar la gloria
 De los que ha distinguido
 La paz ó la victoria,
 En dilatadas épocas
 Que el mundo vió pasar.

Y á ti, de dos naciones
 Ilustres enemigas,
 Referir los blasones,
 Hazañas y fatigas,
 Y de candor histórico
 Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
 De tu saber el fruto,
 Y ofrecerle esperaba
 En aplausos tributo,
 La nueva de tu pérdida
 Debe primero oír.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba,
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes aurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardón,

No de una madre ingrata (*)
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambición.

(*) Puede verse la nota de la Academia sobre esta Oda al pie de la del autor.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

Á VENUS. (Lib. I. Oda 30.)

DEJA tu Chipre amada (11),
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.

Trae al muchacho ardiente
Y las Gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin ti no apetecida.

Á LEUCÓNOE. (L. II.)

No pretendas saber (que es imposible)
Cuál fin el cielo á ti y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. Ó ya el Tonante